

CRÓNICA ÉPICA Y RIGOR HISTÓRICO DEL ASALTO AL MORRO DE ARICA

7 DE JUNIO DE 1881 – ARICA – PERÚ

El nudo geopolítico de 1880 y el crepúsculo de las armas

Hacia mayo de 1880, el teatro de operaciones de la Guerra del Pacífico se había convertido en un embudo implacable que devoraba hombres, economías y voluntades. El frágil equilibrio de las potencias sudamericanas se había quebrado definitivamente la mañana del 8 de octubre de 1879 en las aguas de Angamos, cuando los cañones Armstrong del *Cochrane* y el *Blanco Encalada* silenciaron el andar del monitor *Huáscar* y sepultaron al *Almirante Miguel Grau Seminario*. Sin el control del mar, el destino de la Alianza defensiva entre el Perú y Bolivia quedó confinado a una resistencia agónica en las inmensidades del desierto salitrero.

La campaña terrestre no fue menos brutal. La destrucción de las fuerzas aliadas en las áridas pampas de *Pisagua*, *San Francisco* y la posterior retirada de *Tarapacá* despojaron al Perú de sus fuentes de riqueza más lucrativas, dejando al Estado en una bancarrota material y logística catastrófica. Pero el golpe de gracia a la coalición se escenificó el 26 de mayo de 1880, apenas unas semanas antes del drama de Arica. En las llanuras del *Alto de la Alianza*, en Tacna, las divisiones chilenas comandadas por el *General Manuel Baquedano* trituraron en una jornada encarnizada al grueso del ejército aliado bajo un fuego de artillería Krupp aplastante.

El resultado de aquella batalla no sólo supuso la pérdida de miles de vidas en ambos bandos; provocó el repliegue definitivo e irreversible de las huestes bolivianas del general Narciso Campero hacia el altiplano. Bolivia abandonaba la guerra en los hechos, dejando al Perú en una absoluta, desesperante y trágica parquedad estratégica. Las fuerzas peruanas en el sur quedaban partidas, aisladas en guarniciones dispersas, sin líneas de suministro y con los ojos fijos en una capital, Lima, sumida en el caos político y la intriga palaciega de Nicolás de Piérola.

El dilema estratégico del alto mando chileno

Para el Cuartel General chileno, posicionado victorioso en Tacna, la plaza fortificada de Arica no era un simple puerto de escala; representaba el último nudo gordiano que obstaculizaba la consolidación absoluta del departamento de Tarapacá y la seguridad del teatro de operaciones sur. Mientras Arica permaneciera bajo pabellón peruano, la victoria en el Alto de la Alianza era incompleta e intrínsecamente vulnerable.

Desde una perspectiva puramente técnica de la logística militar, dejar a las espaldas de la línea de avance chilena un bastión artillado de tal magnitud, guarnecido por tropas resueltas y con acceso directo al mar, equivalía a mantener una espada de Damocles

suspendida sobre las líneas de comunicación, evacuación sanitaria y reabastecimiento que unían los frentes de vanguardia con el puerto de Valparaíso. Si la escuadra chilena se veía obligada a dispersar sus buques para bloquear Arica, desatendía el transporte del grueso del ejército que debía desembarcar en el norte para la inevitable campaña sobre Lima. El General Baquedano y el ministro en campaña Rafael Sotomayor (fallecido poco antes en el frente) sabían que el tiempo corría en su contra: la presión de las potencias extranjeras, alarmadas por la interrupción del comercio del salitre y el guano, amenazaba con una mediación diplomática forzosa que congelaría las fronteras antes de que Chile lograra la rendición incondicional de su adversario. El control de Arica quebraría cualquier asomo de resistencia en el sur del Perú y forzaría un replanteamiento definitivo de los equilibrios geopolíticos en el continente.

El baluarte del honor y la geografía del Morro

En la acera opuesta, la perspectiva peruana alcanzaba ribetes de tragedia mítica. La plaza de Arica estaba bajo el mando del veterano coronel de artillería *Francisco Bolognesi Cervantes*. A sus sesenta y tres años, con el cuerpo resentido por el clima inclemente y las privaciones del asedio, Bolognesi personificaba el estoicismo de la vieja escuela militar del Perú. Sabiéndose rodeado por tierra por un ejército enemigo que triplicaba sus fuerzas, bloqueado por mar por una escuadra dominante, desprovisto de munición adecuada para sostener un asedio prolongado y consciente de que el prometido auxilio de las divisiones del coronel Segundo Leiva era un espejismo que jamás cruzaría las pampas, el viejo coronel decidió que la plaza no se rendiría. No era una decisión de táctica militar utilitaria; era un acto de afirmación soberana, el último baluarte del honor nacional cuando todo lo demás -el territorio, el gobierno, las arcas públicas- se desmoronaba.

La fortificación de la plaza descansaba sobre una geografía imponente y pavorosa, dominada por el colosal *Morro de Arica*: un descomunal promontorio de roca sedimentaria y compactas capas de guano que se alza a más de 130 metros sobre el nivel del mar, flanqueado al oeste por acantilados verticales e inexpugnables donde las olas del Pacífico rompen con furia ensordecedora. Para convertir este baluarte natural en una fortaleza moderna, el mando peruano había recurrido al ingenio técnico del ingeniero telegrafista *Alfonso Ugarte* y del ingeniero civil *Teodoro Elmore*, quienes sembraron los accesos terrestres con un complejo y temido sistema de minas automáticas y de percusión eléctrica, cargadas con dinamita y pólvora negra.

El entramado defensivo se dividía en tres sectores estratégicos bien definidos:

Las Baterías del Norte: Compuestas por los fuertes *San José*, *Santa Rosa* y *Dos de Mayo*, situadas a ras de playa en la costa norte de la ciudad y provistas de cañones *Voruz de 68 libras* y piezas *Vavasseur* de largo alcance, destinadas principalmente a batir a la escuadra bloqueadora chilena.

Las Baterías del Este: Que protegían el vulnerable flanco de tierra frente a las aproximaciones llanas desde el valle de Azapa. Este sector estaba anclado por los fuertes *Ciudadela* y *Este*, reductos defendidos por fosos artificiales, sacos de arena y parapetos de tierra apisonada.

Los Fuertes del Morro: Situados en la meseta más alta del promontorio, coronados por las posiciones de *Cerro Gordo* y la *Batería Alta*, donde se emplazaban cañones pesados que apuntaban tanto al mar como al istmo que unía el cerro con la pampa.¹

La sentencia y el plan de la audacia desesperada

El 5 de junio de 1880, las cartas de la diplomacia militar se pusieron sobre la mesa. El *Mayor José de la Cruz Salvo* del Ejército de Chile, cruzó las líneas peruanas bajo bandera de parlamento y fue conducido ante el Cuartel General de Bolognesi. Con la frialdad de quien sabe que cuenta con la superioridad material absoluta, Salvo intimó la rendición de la plaza para evitar una inútil efusión de sangre, argumentando que la disparidad de fuerzas hacía que cualquier resistencia fuera una locura técnica. Fue en ese momento cuando el drama histórico se inmortalizó en palabras. Bolognesi, tras consultar brevemente a su junta de oficiales -quienes de forma unánime y gallarda respaldaron a su comandante-, pronunció la sentencia que resonaría a través de los siglos:

*Tengo deberes sagrados que cumplir y los cumpliré hasta quemar el último cartucho.*²

El destino de las armas quedaba sellado con sangre. La misión de capturar aquel nido de águilas fortificado fue encomendada al *Coronel Pedro Lagos Marchant* del Ejército de Chile, un oficial cuya carrera se había forjado en la dureza de las campañas de la frontera de la Araucanía. Lagos demostró una comprensión quirúrgica de la guerra moderna. Prescindió de manera categórica de las tácticas ortodoxas de asedio prolongado y bombardeo de desgaste, métodos que habrían tomado semanas y desangrado a su propia infantería bajo el fuego de la artillería pesada peruana, exponiéndola además a las epidemias de las pampas.

En su lugar, Lagos concibió una maniobra de audacia táctica extrema: un asalto frontal por sorpresa ejecutado exclusivamente por la infantería a la bayoneta calada. El plan estipulaba que, bajo las sombras previas al amanecer del 7 de junio, mientras un ataque simulado por el norte confundía a los defensores, las columnas de los *Regimientos 3° y 4° de Línea* embestirían simultáneamente los fuertes del flanco este (*Ciudadela* y *Este*). La velocidad fulminante del despliegue y el factor sorpresa debían neutralizar la efectividad del temido campo de minas eléctrico de Elmore, obligando al enemigo a una lucha cuerpo a cuerpo antes de que pudieran accionar los conmutadores de la dinamita. Dos concepciones

¹ MOLINARE, Nicanor (1880). *Asalto y toma de Arica: 7 de junio de 1880*. Santiago de Chile: Imprenta de El Mercurio.

² ROSAY, Émile (1905). *El coronel Francisco Bolognesi: Apuntes biográficos y documentos relativos a la heroica defensa de Arica el 7 de junio de 1880*. Lima: Imprenta del Estado.

de la guerra, dos nociones del deber y del honor, se preparaban para colisionar en la pampa salitrosa y en las rocas milenarias del Morro.³

La noche del salitre y la sangre. Las sombras de la vigilia

El viento del océano batía la costa con una persistencia helada, arrastrando el olor acre de la marea baja, el sargazo descompuesto y ese vaho salino que calaba los huesos, empapando los capotes de paño azul del Regimiento 3° de Línea. Eran las cuatro de la madrugada del 7 de junio de 1880. La oscuridad en los valles de Azapa y Chacalluta no era un vacío limpio; estaba preñada de un silencio espeso, casi sólido, interrumpido apenas por el sordo tintineo metálico de una abrazadera de fusil contra una bayoneta o el rítmico crujido de las botas de cuero crudo sobre la costra de salitre del desierto.

En las elevaciones orientales, el *Coronel Pedro Lagos Marchant* contemplaba la negrura con los ojos entornados, fijos en las siluetas difusas de los cerros. Su rostro, surcado por arrugas profundas tras décadas de campañas en la Araucanía y guerras civiles, parecía tallado en la misma roca caliza que pisaba. Vestía la guerrera reglamentaria de paño azul oscuro con vivos rojos en las bocamangas, el quepis francés calzado hasta las cejas para protegerse del relente y unas botas de montar cubiertas por una costra gris de polvo. Con la mano derecha, enguantada en cuero ajado, apretaba mecánicamente la empuñadura de su sable de dotación, modelo francés de caballería ligera. A sus espaldas, las fogatas ficticias -un calculado ardid dispuesto la tarde anterior para hacer creer a los vigías peruanos que el grueso del ataque caería sobre las Baterías del Norte- comenzaban a consumirse, dejando sutiles rastros de humo que se disolvían en la camanchaca.

Un oficial de enlace, con las sienes perladas de sudor frío a pesar del viento, se le aproximó a media voz:

Mi Coronel, las compañías del Tercero están formadas en las depresiones del terreno. Los hombres empiezan a tiritar. El frío de la pampa afloja las piernas.

Lagos no se volvió. Su voz sonó seca, desprovista de cualquier énfasis dramático, con la cadencia fatigada de quien conoce el peso exacto de la sangre que está por verterse.

Que aguanten -ordenó-. Y que se repita la orden en los batallones: pasadores abajo y recámaras vacías. Que ningún soldado cargue su arma con bala pasada. Si un sólo tiro se escapa antes de que claree, las ametralladoras de los fuertes nos coserán a balazos en la pampa llana. Subiremos a la bayoneta, a pulso limpio. Hoy la vida se juega al acero.

El diseño táctico de Lagos era de una audacia quirúrgica y brutal: prescindir del fuego de ablandamiento de la artillería Krupp para no alertar a los defensores, confiar el éxito a la velocidad de la infantería y golpear los fuertes del Este antes del amanecer. Las órdenes eran precisas: el Regimiento 3° de Línea, al mando accidental del *Teniente Coronel José Antonio Gutiérrez*, embestiría el flanco del fuerte Ciudadela; el Regimiento 4° de Línea, liderado por el pundonoroso *Teniente Coronel Juan José San Martín*, cargaría contra

³ BARROS ARANA, Diego (1884). *Historia de la Guerra del Pacífico (1879-1884)*. Santiago: Servat.

el fuerte Este. A la retaguardia, listos para contener cualquier contraofensiva o explotar la brecha, aguardaban los ochocientos ochenta y cinco hombres del histórico *Regimiento Buin 1° de Línea*, formados en compactas columnas de batallón, mudos y quietos como espectros de paño oscuro.⁴

La cumbre del sacrificio

A ciento treinta metros sobre el rugido sordo del Pacífico, en la cima del Morro, el coronel Francisco Bolognesi tampoco dormía. En el interior de su cuartel de adobes, la mecha mortecina de un candil de aceite proyectaba su sombra cansada contra las paredes blanqueadas con cal. A sus sesenta y tres años, el cuerpo le dolía por el reumatismo y las privaciones de un asedio implacable, pero mantenía la postura erguida de la vieja escuela de artillería. Su levita azul de doble botonadura dorada conservaba las jinetas limpias. Con dedos nudosos y lentos, repasaba por enésima vez un despacho arrugado que guardaba en el bolsillo: las vagas promesas de auxilio del coronel Segundo Leiva, cuyas fuerzas se habían esfumado hacía días en la inmensidad de las pampas interiores. Un auxilio que ya no llegaría.

A su lado, el Coronel Alfonso Ugarte, comandante de la 8ª División, ajustaba con pulso firme las correas de su cartuchera de cuero negro. Ugarte, joven, acaudalado, que lo había tenido todo en los salones de Europa y Tarapacá, vestía un uniforme impecable y llevaba un fusil *Chassepot* modelo 1866 colgado al hombro.

Elmore no ha regresado del campamento chileno, mi coronel -dijo Ugarte, rompiendo el espeso silencio de la habitación-. El parlamento del Mayor Salvo fue sólo la cortesía antes del hachazo. Los chilenos no esperarán el bombardeo de su escuadra; vendrán por tierra y vendrán de madrugada.

Bolognesi levantó la cabeza. Sus ojos, de un gris desvaído pero fijos y transparentes, reflejaban la calma absoluta del hombre que ha dejado atrás las mezquindades de la esperanza.

Lo sé, Alfonso. Lagos es un zorro de la frontera; no va a desgastar sus hombres contra las baterías de la playa. Buscará la espalda de los fuertes orientales, subiendo por el cuello del Morro. ¿Están listos los operarios de las minas?

Frente al Ciudadela y el Este, los ingenieros tienen las manos sobre los conmutadores eléctricos -respondió Ugarte, golpeando suavemente la culata de su fusil-. *Si los chilenos pisotean la pampa, la tierra misma estallará bajo sus botas.*

Bolognesi esbozó una sonrisa amarga, casi imperceptible, bajo su bigote cano.

Que así sea. Cumpliremos la palabra empeñada ante el parlamentario chileno. No nos queda más que el honor, muchacho, pero el honor basta para morir de pie. Que Dios guarde al Perú. Salga a sus posiciones.

⁴ REYNO GUTIÉRREZ, Manuel; GÓMEZ EHRMANN, Sergio y GUERRERO YOHACHAM, Cristián (1985). *Historia del Ejército de Chile: El Ejército en la Guerra del Pacífico (Vol. V)*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército.

El trueno en el Ciudadela

Abajo, en la pampa oblicua que unía el valle con las obras de tierra, el frío calaba hasta las entrañas de las compañías peruanas del batallón *Granaderos de Tacna*. En el interior del fuerte Ciudadela -un recinto cuadrangular protegido por un foso de dos metros de profundidad y parapetos de sacos de arena-, el Coronel *Justo Arias y Aragüez* recorría la línea de fusilería. Sus soldados permanecían apoyados contra los taludes, con las mejillas pegadas a los cajones de mecanismos de sus fusiles Chassepot.

Aquel armamento constituía la gran tragedia de la defensa peruana: el Chassepot utilizaba cartuchos de papel que, tras cincuenta disparos continuos, acumulaban tal cantidad de residuos de pólvora negra que dilataban el obturador de caucho del cerrojo, trabando el arma. Los soldados se veían obligados a desmontar los cerrojos en pleno combate para raspar la escoria con la punta de sus bayonetas. Sólo las compañías del Artesanos de Tacna disponían de los fusiles *Remington* y *Peabody-Martini*, de cartucho metálico de latón, mucho más fiables en el fragor de la refriega.⁵

A las cinco y treinta, la camanchaca comenzó a rasgarse sobre la cordillera de la Costa. El cielo adquirió una tonalidad sucia, como de plomo derretido. En ese instante de penumbra vacilante, un centinela del Ciudadela se frotó los ojos y se asomó por encima de los sacos de arena. En el fondo de la pampa, una masa densa y movediza de uniformes oscuros avanzaba a paso de carga, sin emitir un sólo grito.

¡Enemigo al frente! -aulló el centinela, con la voz rota por el espanto-. *¡Vienen por el este! ¡Los tenemos encima!*

El toque de corneta peruano rasgó el alba con los tres soplos estridentes de la orden de fuego. Casi al instante, las aspilleras del Ciudadela se encendieron en una línea continua de fogonazos anaranjados. El trueno de la fusilería fue ensordecedor. Las balas de plomo de once milímetros silbaban por el aire con un chirrido metálico y seco, perforando el paño de los capotes chilenos y aplastándose contra los guijarros del suelo.

¡Adelante, Tercero! ¡A la bayoneta, no me desmayen! -bramó el Teniente Coronel Gutiérrez, asumiendo el mando directo del 3º de Línea tras ver caer desplomado a su ayudante con el pecho destrozado por la metralla.

Los soldados chilenos corrieron en tropel, encorvando el cuerpo, con los fusiles *Comblain* belgas sostenidos a la altura del pecho. El *Comblain*, dotado de un robusto bloque cayente, respondía con un estampido limpio, expulsando con fuerza los casquillos de latón que golpeaban las rocas. El avance era un calvario de sangre: desde los reductos superiores del Morro, las ametralladoras Gatling peruanas comenzaron a tabletear, barriendo las filas atacantes con una cadencia mecánica infernal. Los hombres caían de bruces, mordiendo el polvo, destrozados por los tarros de metralla lanzados por las piezas de artillería que defendían los accesos.

⁵ VARGAS UGARTE, Rubén (1971). *Historia General del Perú: La República (1879-1884)*. Lima: Carlos Milla Batres.

De pronto, el desierto tembló con la fuerza de un cataclismo. La tierra se abrió en una pavorosa columna de fuego, humo negro y piedras calcinadas. Uno de los ingenieros peruanos en el Morro había accionado el conmutador, detonando una de las grandes minas de dinamita justo bajo los pies de las compañías de vanguardia del Tercero. La onda expansiva lanzó cuerpos mutilados por el aire y excavó un cráter humeante inundado de olor a azufre. Los soldados chilenos, aturcidos, con los oídos sangrando y cubiertos por la arena de la explosión, vacilaron, deteniendo la carga ante el horror del suelo que estallaba.

¡No es nada, carajo! -gritó un sargento chileno, con la mejilla cruzada por un planazo de metralla y la bayoneta en alto-. *¡Son pueros petardos de playa! ¡Al foso, adentro!*

El ímpetu de la infantería rompió la indecisión al ver a sus compañeros muertos o heridos. Los soldados chilenos saltaron al foso del *Ciudadela* y treparon las paredes de sacos de arena rompiéndolos con sus corvos acerados. Al perderse el orden táctico, el combate devino en una carnicería atávica a corta distancia. Sin espacio ni tiempo para recargar las armas, el acero resolvió la jornada. Las bayonetas caladas hendían los uniformes, buscaban las gargantas y perforaban los costados; las culatas de nogal de los fusiles se estrellaban contra los rostros en la penumbra del recinto, saturado por el humo denso de la pólvora negra que impedía distinguir las insignias.

El coronel Justo Arias y Aragüez, con la levita ensangrentada y herido ya en un hombro, se batía a revólver limpio junto al portón principal, rodeado por un puñado de sobrevivientes del Granaderos de Tacna. Un capitán chileno, conmovido por el valor del anciano jefe, le gritó en medio del estrépito:

¡Ríndase, mi coronel! ¡Su plaza está perdida! ¡No ejecute a su gente!

Arias y Aragüez lo miró con los ojos encendidos de furia, levantó su revólver y disparó su último cartucho mientras gritaba:

¡Un oficial peruano no se rinde jamás!

Segundos después, el viejo coronel caía atravesado por tres bayonetas chilenas. Con el fuerte prácticamente perdido, el cabo peruano Alfredo Maldonado, un tambor de apenas dieciséis años que se arrastraba con las piernas quebradas por las esquirlas, divisó la entrada de la santabárbara, donde se almacenaban los barriles de pólvora de reserva. Con un esfuerzo supremo, el muchacho raspó un fósforo contra su cartuchera y lo arrojó sobre los sacos de munición. La detonación subsiguiente fue colosal: voló todo el flanco oeste del *Ciudadela*, sepultando bajo toneladas de escombros y fuego al propio Maldonado, a los heridos peruanos y a una sección entera de soldados chilenos que acababan de izar un jarrón de campaña a modo de bandera provisional.

La caída del flanco Este

A medio kilómetro de distancia, el *Regimiento 4° de Línea* acometía el fuerte Este con igual ferocidad. Las descargas del batallón *Artisanos de Tacna* diezmaban las filas atacantes a medida que subían la pendiente desprovista de cobertura. El teniente coronel

chileno *Juan José San Martín*, un jefe severo pero venerado por sus soldados por su estricto sentido de la justicia, marchaba a pie a la vanguardia de su primer batallón, con la espada desenvainada apuntando hacia los parapetos enemigos.

¡Mantengan la línea, muchachos! ¡No miren abajo! -alcanzó a gritar.

En ese instante, una bala de once milímetros disparada por un Chassepot peruano le atravesó el esternón a quemarropa. San Martín se tambaleó y cayó de rodillas sobre el salitre. La sangre le brotó a borbotones por la boca, empapándole la guerrera. Al ver caer a su comandante, las compañías del Cuarto de Línea experimentaron una mutación terrible: la disciplina se disolvió en una sed de venganza ciega y salvaje.

¡Mataron al comandante San Martín! -bramó un cabo, desencajado-. *¡A degüello!*
¡Nadie da cuartel!

La marea azul se lanzó sobre el fuerte del Este con una furia incontenible, desbordando las trincheras por los flancos. Los defensores peruanos, superados en número y con sus fusiles atascados por la escoria de la pólvora, iniciaron un repliegue desesperado hacia la meseta superior de Cerro Gordo, intentando buscar la protección de los cañones del Morro. La retirada se convirtió en una persecución implacable bajo el sol que empezaba a despuntar. Durante la retirada cayó abatido el coronel *José Joaquín Inclán*, comandante general de la 7ª División peruana, acribillado mientras intentaba sostener una última línea de fusilería para cubrir a sus hombres. Junto a él pereció el teniente coronel *Ricardo O'Donovan*, jefe del Estado Mayor de la división, cuyo cuerpo quedó tendido entre las rocas del istmo.

El duelo de las escuadras

Mientras la pampa se teñía de sangre, el drama adquiría proporciones navales en las aguas de la bahía. El monitor peruano *BAP Manco Cápac*, una batería flotante tipo *Canonicus* construida en los astilleros de Estados Unidos, maniobraba con lentitud pesada. Su comandante, el capitán de fragata *José Sánchez Lagomarsino*, dirigía las operaciones desde la torre giratoria blindada, que albergaba dos descomunales cañones *Dahlgren* de quince pulgadas.

¡Atención a la amura de babor! -ordenó Sánchez Lagomarsino por el tubo de comunicación-. *¡Fijen el blanco en el Cochrane!* *¡Fuego!*

El disparo del Dahlgren conmovió los cimientos mismos del puerto. Una enorme columna de agua y humo blanco se alzó cerca del blindado chileno *Almirante Cochrane*, que junto a la cañonera *Magallanes* y la goleta *Covadonga* bloqueaban la salida del puerto. Los buques chilenos respondieron de inmediato con sus cañones de avancarga, manteniendo un duelo artillero artillado a corta distancia. Los proyectiles de la escuadra chilena impactaban en las cubiertas blindadas del Manco Cápac con un fragor metálico espantoso, levantando nubes de astillas de hierro. Sánchez Lagomarsino operaba su buque con una precisión técnica quirúrgica pero desesperada, sabiendo que el monitor carecía de

la velocidad para romper el cerco y que su destino estaba indisolublemente ligado a la suerte de las armas en la cumbre del cerro.

El epílogo de los héroes

En la explanada superior del Morro, la situación había alcanzado su punto de máxima ebullición. Los restos de los batallones peruanos se replegaban hacia la Batería Alta, acorralados contra el abismo. El avance de los regimientos chilenos 3° y 4° de Línea ya no respondía a las órdenes de sus oficiales; la cohesión militar se había perdido. Los hombres, enloquecidos por la muerte de sus jefes y el estallido de las minas eléctricas, ascendían en tropel, impulsados por una inercia brutal. Desde la distancia, el coronel Pedro Lagos ordenó a los cornetas tocar *alto el fuego* para reorganizar las unidades y detener la matanza, pero el estrépito de las piezas *Voruz* y el clamor de la lucha ahogaban los agudos sonidos del bronce. La suerte de la plaza se decidiría por el empuje ciego de la infantería.

El coronel Francisco Bolognesi, herido ya por un impacto de bala en el muslo izquierdo que le impedía mantenerse firme, se apoyaba contra la gualdera de un cañón *Voruz* en la Batería Alta. Su rostro estaba cubierto de hollín y sudor, pero su revólver seguía firme en la mano derecha. A su alrededor, apenas un puñado de soldados del *batallón Iquique* sostenían el último perímetro defensivo. El aire en la cumbre era irrespirable, saturado por el humo denso y amarillento del guano que se encendía con los fogonazos y que reseca las gargantas de los moribundos.

Alfonso Ugarte, con la guerrera destrozada y la espada mellada, vació el tambor de su revólver contra los primeros soldados del Cuarto de Línea que coronaban la cresta de la planicie.

¡No hay más munición, mi coronel! -le gritó Ugarte a Bolognesi a través del ruido-.
¡Los tenemos encima!

Bolognesi no contestó. Levantó el brazo y disparó su última bala contra la masa que se abalanzaba sobre la batería. En ese instante, un infante chileno le descerrajó un tiro a quemarropa en la cabeza. El viejo coronel cayó de espaldas, con el cráneo destrozado sobre la roca caliza que tanto había defendido, sus ojos fijos en el cielo plomizo de Arica. Cumplía, con la exactitud de los hombres de honor, el juramento de quemar el último cartucho.

A pocos metros, Alfonso Ugarte vio que los soldados chilenos se abalanzaban para capturar el pabellón peruano montado sobre el mástil de la batería, y ahí murió acribillado defendiendo su bandera.⁶

⁶ La investigación histórica rigurosa, basada en partes oficiales y cartas de testigos presenciales tanto peruanos como chilenos, apunta a que Alfonso Ugarte murió combatiendo al pie del asta de la bandera, en la explanada superior del Morro, durante el caótico asalto final. Ninguno de los partes militares peruanos inmediatos (como los de Manuel C. de la Torre o Roque Sáenz Peña) menciona el salto al vacío. Describen la muerte de los jefes —Bolognesi, Moore, Ugarte— combatiendo en sus puestos. Alfonso Ugarte no necesitó saltar al vacío para asegurar su lugar en la historia. Si bien el mito del salto ecuestre fue una construcción decimonónica orientada a ensalzar el espíritu de sacrificio patrio, la verdad histórica nos devuelve a un joven y acaudalado civil tarapaqueño que prefirió quedarse, financiar su propio batallón (el *Iquique N° 1*) y morir defendiendo su posición en el Morro antes que rendirse. (N. del A.)

A las seis y veinticinco de la mañana, apenas cincuenta y cinco minutos después de haberse escuchado el primer tiro en el fuerte Ciudadela, el subteniente chileno *José Ignacio López del Regimiento 3° de Línea*, desató las drizas del mástil principal del Morro, arrió el pabellón peruano e izó la bandera tricolor de Chile. El trapo flameó con fuerza bajo el viento del océano, saludado por los vítores roncós, descompuestos y salvajes de los soldados sobrevivientes, cuyos rostros tiznados de pólvora y sangre reflejaban el vaciado absoluto de la energía vital tras la ordalía del combate. La plaza de Arica había caído.

La conclusión del combate en el Morro de Arica dejó un saldo humano desgarrador que transformó de inmediato el paisaje del promontorio. Más de setecientos soldados peruanos -casi el tercio de la guarnición defensora- yacían muertos en los parapetos y las laderas del cerro, mientras que el ejército chileno registró cerca de doscientas bajas fatales y más de trescientos heridos en sus filas. El desorden posterior al asalto, avivado por el encono acumulado debido al estallido de las minas terrestres, dio paso a escenas de extrema violencia y saqueo antes de que el mando chileno lograra restablecer la disciplina militar entre sus extenuados regimientos.

En el plano estrictamente geopolítico y militar, las consecuencias del 7 de junio de 1880 fueron definitivas e irreversibles:

Consolidación territorial de Chile: Con la captura de Arica y la previa victoria en Tacna, Chile consolidó el control absoluto de todo el territorio salitrero del norte, aislando definitivamente las provincias del sur peruano y destruyendo cualquier capacidad operativa de la Alianza en ese teatro de operaciones.

Retirada de Bolivia: La caída del Morro ratificó el repliegue definitivo de Bolivia hacia el altiplano, que, si bien no firmó la paz formal hasta años después (20 de octubre de 1904), abandonó de facto la campaña terrestre, dejando al Perú en una total soledad militar.

Apertura de la Campaña de Lima: Al despejar la retaguardia de las líneas de comunicación marítima, el Alto Mando chileno obtuvo la base logística indispensable para proyectar la fuerza expedicionaria hacia el norte, permitiendo los desembarcos masivos en las playas de Pisco y Chilca que culminarían con la ocupación de la capital peruana en enero de 1881.

Aniquilación de la presencia naval peruana: En la bahía, tras constatar la pérdida irreversible de la plaza, el capitán de fragata José Sánchez Lagomarsino ordenó abrir las válvulas de fondo del monitor *BAP Manco Cápac*. La legendaria batería flotante se hundió lentamente por la popa con su bandera al tope, evitando ser capturada como trofeo de guerra y clausurando de forma permanente el poder naval de la República del Perú en el conflicto.⁷

A largo plazo, el desenlace de esta jornada rediseñó las fronteras del mapa sudamericano, cuyas cláusulas definitivas quedaron consagradas en el Tratado de Ancón (1883) y, posteriormente, en el Tratado de Lima de 1929, que fijó la soberanía permanente de Arica bajo pabellón chileno y Tacna definitivamente para Perú, dejando una huella

⁷ BULNES, Gonzalo (1914). *Guerra del Pacífico. Vol. II: Tarapacá y Tacna*. Santiago de Chile: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

diplomática que marcó las relaciones internacionales de la región durante todo el siglo XX sumado a lo que va del XXI y cuyos ecos de memoria histórica resuenan hasta nuestros días.

El sudario de la camanchaca y el último eco del mar

El silencio que descendió sobre la meseta caliza del Morro de Arica pasadas las siete de la mañana fue un silencio de plomo, espeso y punzante, interrumpido apenas por el gemido sordo de los moribundos, el tableteo intermitente de alguna fogata de campaña que consumía afustes de cañón y el graznido áspero de las gaviotas que regresaban a sus nidos en los acantilados. El desierto, viejo y sabio, reclamaba su quietud. Sobre la roca reseca y las costras de guano milenario yacían los cuerpos entrelazados de más de setecientos soldados peruanos y cerca de doscientos infantes chilenos. Era un tapiz de paño azul y blanco deshecho por el acero y la pólvora; rostros jóvenes congelados en el último espasmo de la agonía, con las manos crispadas sobre la arena o aferrando aún las culatas de madera de sus fusiles inútiles.

La furia del asalto frontal, exacerbada por el estallido traicionero de las minas eléctricas que los soldados chilenos consideraron una infamia fuera de las leyes de la guerra, desató un epílogo de sangre antes de que la oficialidad lograra imponer el orden a golpe de sable. Los despojos de los caídos, ofrecían un panorama de desolación tan crudo que heló la sangre de los primeros cronistas y corresponsales de guerra que coronaron la cima. El honor y la victoria, desprovistos del fragor del combate, mostraban allí su verdadero rostro: una contabilidad de osamentas rotas y miradas vacías vueltas hacia un cielo plumizo que se negaba a despejar.

Abajo, en las aguas mansas del puerto, se ejecutaba el último acto técnico de la resistencia naval peruana. Desde la amura de babor del monitor *BAP Manco Cápac*, el capitán de fragata José Sánchez Lagomarsino contempló el izamiento de la bandera tricolor chilena en la cumbre del cerro. El destino de la plaza estaba sellado; prolongar el duelo de artillería contra el blindado *Almirante Cochrane* y la goleta *Covadonga* no era ya un acto de guerra, sino un desperdicio estéril de vidas.

Se acabó, señores -dijo Sánchez Lagomarsino con una frialdad técnica que ocultaba a duras penas la amargura del marino-. *Retiren los percutores y las piezas de cierre de los cañones Dahlgren. Abran las válvulas de fondo. Que el mar se trague el buque antes de que la bandera de la estrella solitaria flote sobre nuestra cubierta.*

Los maquinistas operaron con precisión quirúrgica en las entrañas de hierro del monitor. Con las escotillas abiertas y las calderas apagadas, la pesada batería flotante tipo *Canonicus* comenzó a asentarse pesadamente por la popa. El agua del Pacífico inundó las santabárbaras y las cubiertas blindadas con un borboteo fúnebre. El *Manco Cápac* se hundió con su pabellón aun flameando en el mástil mayor, sepultando bajo el fondo lodoso de la bahía el último vestigio del poder marítimo de la República del Perú en aquellas

latitudes, en un eco definitivo del sacrificio que, meses antes, ejecutara el almirante Grau en las pampas de agua de Angamos.⁸

Epílogo geopolítico: El rediseño del mapa sudamericano

La caída de la plaza fortificada de Arica no supuso simplemente el fin de una batalla de cincuenta y cinco minutos; constituyó el auténtico punto de quiebre definitivo de la Campaña del Sur y el nudo gordiano que reconfiguró de forma permanente la geografía política del continente americano. En términos de alta estrategia militar, la captura del Morro funcionó como una llave maestra. Al limpiar la retaguardia chilena de una amenaza artillada de primer orden, el *General Manuel Baquedano* y el mando político civil aseguraron las líneas de abastecimiento y evacuación sanitaria indispensables para la fase final del conflicto. Las puertas para la proyección del poder militar de Chile hacia el corazón del territorio peruano quedaron abiertas de par en par, permitiendo meses más tarde los desembarcos masivos en Pisco y Chilca que culminarían con la ocupación de Lima en enero de 1881.

Las consecuencias futuras e inmediatas de este choque de armas se extendieron como ondas telúricas a través de la diplomacia continental. El *Tratado de Ancón en 1883* y, de manera categórica, el *Tratado de Lima* firmado el 3 de junio de 1929 -que dividió definitivamente los territorios de Tacna y Arica, asignando esta última provincia de forma perpetua a la soberanía de Chile- nacieron de la sangre derramada en los reductos de Ciudadela, Este y Cerro Gordo. Para Bolivia, la pérdida de los accesos costeros colindantes consolidó su mediterraneidad forzosa, una herida mediterránea que alteró sus dinámicas de desarrollo económico (según sus políticos de turno) y que hasta bien entrado el siglo XXI continúa siendo un foco de tensión recurrente en los tribunales internacionales de La Haya y en las cancillerías de la región. El mapa de América del Sur se escribió con el *Comblain* y el *Chassepot* en las pendientes del Morro.

El mito fundacional: dos nociones del honor y del deber

Más allá de las demarcaciones fronterizas, de las indemnizaciones en libras esterlinas y de los fríos protocolos de los diplomáticos, la huella humana del *7 de junio de 1880* trascendió la contingencia cronológica de su tiempo para transformarse en un sustrato mitológico fundacional, un código de caballería que forjó la identidad nacional de dos pueblos hermanos y rivales.

Para la República de Chile, la toma del Morro se convirtió en la máxima epopeya de su infantería militar. Cada 7 de junio, el *Ejército de Chile* conmemora el *Día de las Glorias de la Infantería*, celebrando no sólo la victoria táctica, sino una escuela del deber basada en

⁸ SATER, William Frederick (2007). *Andean Tragedy: Fighting the War of the Pacific, 1879-1884*. Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press.

el arrojo físico, la superación de obstáculos considerados insuperables por la ciencia de la fortificación europea y el estoicismo del soldado raso -el *roto chileno*- forjado en las durezas de la pampa salitrera. Las figuras del *Coronel Pedro Lagos Marchant*, con su frialdad organizativa, y del *Teniente Coronel Juan José San Martín*, muerto a la cabeza de sus hombres en el asalto al fuerte Este, pasaron al panteón inmortal de la patria como símbolos de una nación que, en su hora más crucial, supo operar con la precisión y la fuerza de un mecanismo de acero inflexible.

Para la República del Perú, la derrota militar en el Morro de Arica sufrió una transmutación mística, transformándose en el más alto y sagrado altar del honor civil y militar del país. La figura del anciano *Coronel Francisco Bolognesi Cervantes* fijó un estándar ético e identitario impercedero ante las crisis históricas de la nación. Su lacónica respuesta ante la intimación del mayor Salvo dejó de ser una disposición de plaza sitiada para convertirse en un imperativo moral imborrable:

Hasta quemar el último cartucho.

Estas palabras timbran el juramento de fidelidad a la bandera que cada generación de soldados y oficiales peruanos recita con el brazo en alto cada 7 de junio. El sacrificio desprendido de *Alfonso Ugarte* al caer junto a su bandera al pie del asta, la inflexible hidalguía de *Justo Arias y Aragüez* prefiriendo la muerte antes que la rendición en el Ciudadela, la caída en combate de *José Joaquín Inclán* y el trágico heroísmo del joven tambor Alfredo Maldonado proveyeron al Perú de una épica de la dignidad. Demostraron al mundo que las armas pueden ser vencidas por la superioridad material, pero que la soberanía y el honor de una patria permanecen invictos si se defienden con el desprendimiento absoluto de la propia vida.⁹

La roca inmutable frente al porvenir

Hoy, la imponente mole de piedra sedimentaria del Morro de Arica se alza inalterada frente a la inmensidad del océano Pacífico, tal como lo hacía en el alba de aquella jornada de 1880. Sus laderas porosas, que alguna vez absorbieron la sangre caliente de miles de jóvenes infantes chilenos y peruanos, contemplan ahora el pacífico vaivén de las olas y el tráfago industrioso de una ciudad puerto que sirve de nexo comercial, turístico y cultural en la frontera viva del norte chileno.

El viento salobre de la tarde continúa barriendo la explanada superior, colándose entre las cureñas de los viejos cañones *Voruz* y las piezas de bronce que aún custodian la cima como monumentos mudos, mudados en herrumbre por el tiempo y el salitre. La bandera tricolor de Chile ondea con un crujido limpio en lo más alto del mástil, recortada contra el azul del cielo, mientras a pocos metros el Museo Histórico y de Armas resguarda

⁹ CONGRESO DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ (1980). *La epopeya del Morro de Arica: Recopilación documental conmemorativa del centenario*. Lima: Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú.

los uniformes zurcidos, los botones de latón aplastados y los sables mellados de ambos bandos, mudos testigos de una verdad histórica compartida.

El Morro ya no es un bastión de guerra ni una trinchera de odio; es un gigantesco hito de la memoria histórica sudamericana. Un santuario de roca caliza donde el dolor, el valor militar, el cumplimiento del deber llevado hasta sus últimas consecuencias y la fatalidad trágica de dos pueblos vecinos se fundieron para siempre. Sus acantilados permanecen como un recordatorio eterno de que la historia de los hombres no sólo se mide por los mapas que diseña la victoria, sino por la grandeza del espíritu humano que brilla en la hora de la derrota, grabada a fuego y sangre en la piedra inmortal del nuevo mundo.

Autor:

Javier Vargas Guarategúa

Miembro Académico de la Academia de Historia Militar

Master en Historia Militar Universidad Pegaso – Milán, Italia

Magíster en Ciencias Políticas, Seguridad y Defensa – ANEPE / Universidad de Concepción – Chile

Correo: javier.vargasg@gmail.com